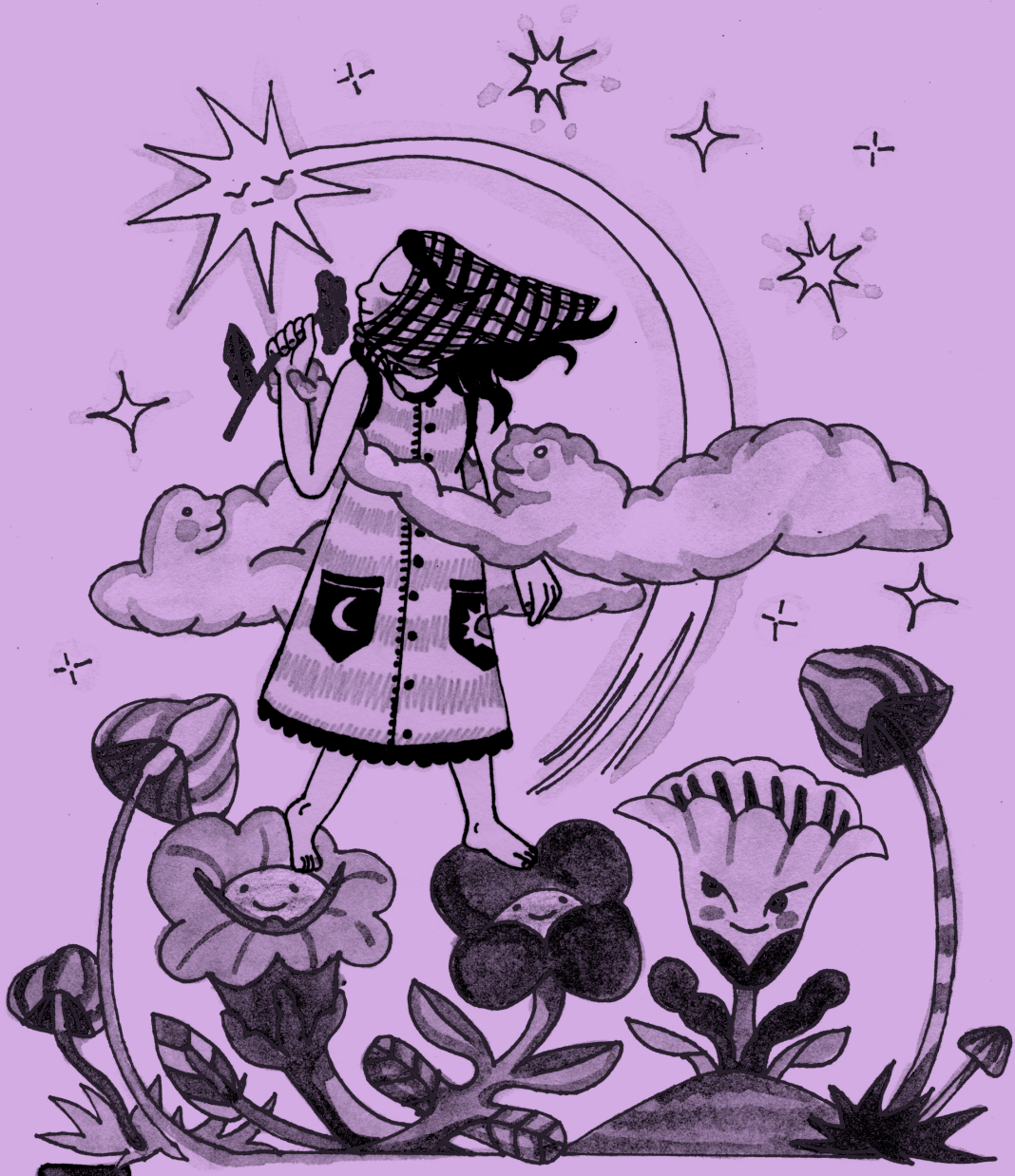

FLORILEGIAS

Escritoras Colombianas del Siglo XIX

Florilegias. Escritoras Colombianas del Siglo XIX © 2025 por Saile Andrea Conde Fajardo y David Cardona Sánchez (compiladores) está bajo la licencia Creative Commons Attribution-ShareAlike 4.0 International. Para ver una copia de esta licencia visita https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/

La portada fue ilustrada por Laura Henao (Nube).

Esta antología es ganadora de la convocatoria Ideación 2025, financiada por la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Antioquia.

Financian

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Fundación Universidad de Antioquia

Semilleros responsables

SEMILLERO DE INVESTIGACIÓN EN LITERATURA: MUJERES Y LITERATURA

Semillero Humanidades Digitales

Florilegias

Escritoras Colombianas del Siglo XIX

Saile Andrea Conde Fajardo
David Cardona Sánchez
(compiladores y editores)

Agradecimientos

Agradecemos a la Universidad de Antioquia por ser nuestra casa y nuestra *alma*.

Al grupo Colombia: Tradiciones de la Palabra por habernos acogido y creer en nuestro trabajo como investigadores.

A Almary Cristina Gutiérrez Díaz por su constante e incansable apoyo.

A la Biblioteca Luis Ángel Arango y la Biblioteca Nacional de Colombia por abrirnos las puertas y ser bastión del cuidado del archivo literario y cultural del país.

A Laura Henao (Nube) por tratar con tanto cuidado este proyecto e ilustrar tan maravillosa portada.

A José Rengifo Delgado y al Taller Tolda, por ayudarnos a hacer posible este sueño.

Al Colectivo Editorial Mutante por creer en el proyecto.

Índice

La experiencia de visibilizar.....6
Canción sin palabras.....10
Silva, a Dios.....11
Oh luna!.....15
Resurrección.....18
El último Pijao.....20
Bajo la bandera.....24
La mujer española en Santafé de Bogotá.....34
Epílogo: Mediar entre dos tiempos.....46

La experiencia de visibilizar

¿Qué implica visibilizar a un grupo de mujeres que fueron excluidas del canon literario colombiano? Esta pregunta nos acompañó a lo largo del proceso investigativo y de edición. Al principio de la investigación la palabra aparece en el planteamiento del problema: hay una invisibilización sistemática de las autoras del siglo XIX. ¿La solución? Hacerlas visibles. Pero qué es realmente visibilizar, hasta el momento ha implicado un proceso largo en el que confluyen dos perspectivas: por un lado, la de mujeres que se encontraban en un contexto social donde ser madres era su única opción, pero aun así se arriesgaron a escribir; y por otro, la de quienes hoy, a pesar de la distancia temporal, tratamos de entender las circunstancias en las que se formaron sus escritos y sus identidades. En este sentido, decidimos tomar la tarea de mediar y hablar con estas escritoras que, aunque ya no están con vida, aún siguen teniendo voz dentro de los archivos patrimoniales. Y, como esperamos lograr con esta investigación, también fuera de ellos.

En sus manos tienen uno de los resultados de la investigación *Rescate y visibilización de escritoras publicadas en revistas literarias colombianas de los siglos XIX y XX*, la cual se apoyó de las digitalizaciones hechas

por el grupo Colombia: tradiciones de la Palabra, la Biblioteca Nacional de Colombia y la Biblioteca Luis Ángel Arango, organizaciones que se han esforzado por recuperar y poner en circulación las producciones literarias y culturales que han fundamentado nuestra historia. En total se encontraron 35 autoras colombianas que publicaron entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, por cuestiones de derechos autorales, se han seleccionado solo 7 autoras para la publicación. Con esta antología ponemos a disposición de lxs lectorxs una selección de textos con una alta calidad literaria y potencia política.

Al decir esto, nos referimos, en un principio, al ideal de belleza que se encuentra en los escritos. Las autoras tienen una conversación constante con el mundo que las rodea y consigo mismas. La naturaleza, la religión y la patria son imágenes que abundan en la antología. Esto nos habla de cómo las ideas que circulaban en Colombia a finales del siglo XIX, tuvieron influencia en la construcción de las identidades de las escritoras. Vemos el dogma de un Dios creador, pero a la vez la curiosidad por la naturaleza y la biología. También, se nota un gran respeto a la nación y la herencia española, hecho que va de la mano con las estrategias de construir un ideal de nación por parte del Estado. Lo que más llama la atención es el misticismo con la luna, el dolor y el ser madres; este último siendo una obligación que las hacía poner de lado sus propios sentires. Sin embargo, nos dejaron por escrito, sin que se lo propusieran, el deseo fer-

viente de reconocer su existencia en el mundo y en el país. Este hecho nos alumbra con un conocimiento que se encontraba vedado, ya que, en el siglo XIX, los pensamientos y emociones de la mujer pasaban a un plano en el que eran ocultados, silenciados o censurados. De ahí, la importancia histórica y política que tiene esta antología.

Por otro lado, la existencia patrimonial de estos archivos nos deja ver el oficio de la mujer que escribe. Confirma la presencia de mujeres poetas, cuentistas, novelistas e intelectuales en la literatura colombiana del siglo XIX. Podemos decir que las mujeres no solo cumplían labores domésticas; si bien estas escritoras fueron madres y esposas, también tenían toda una vida dentro de ellas. La escritura era un momento de escape de la monotonía que implica responder al trabajo doméstico. No obstante, es importante tener en cuenta que las mujeres que podían dedicar tiempo a la escritura eran de una clase social elevada. Tenemos el ejemplo de la escritora Soledad Acosta de Sámper, una mujer ilustre que hacía parte de la élite colombiana, este privilegio le permitió el acceso a un espacio intelectual, político y literario. Esta autora fue fundamental para darle voz a otras mujeres dentro de estos espacios, con la creación de la revista La Mujer (1878-1881) se dieron a conocer escritoras del país y del continente. Así mismo, en Antioquia, está la revista Athenea (1927-1928), impulsada por las escritoras Susana Olozaga de Cabo, Tulia Restrepo y Ana Castro, la revista fue la que más publicó mujeres en la región a inicios del siglo XX. Al igual que estas,

hubieron otras apuestas que ayudaron al reconocimiento de las mujeres que hacían parte de la vida pública de Colombia en el siglo XIX como: La Golondrina (1981), Letras y Encajes (1926-1959), Biblioteca de Señoritas (1858-1859), Revista femenina (1938-1943), entre otras.

Ahora bien, es necesario entender que para que la palabra no muera, necesita lectorxs, personas dispuestas a escuchar y a mantener vivas las memorias de estas escritoras. Por eso esta antología no es solo una recopilación de escritos, es también una invitación a mantener en circulación el material literario e histórico que hoy se les presenta. Muchos de los textos que encontrarán aquí no han sido editados luego de su primera publicación y, a pesar del siglo de distancia que nos separa de sus autoras, logran tocar las fibras sensibles de nuestro ser. No siendo más, esperamos disfruten de la lectura, tanto como nosotrxs lo hicimos.

Saile Andrea Conde Fajardo
David Cardona Sánchez

Canción sin palabras

Oyes? .....

Es un pobre gitano: entre sus manos enjutas[1] y febriles un organillo habla de tristezas ignoradas, de imposibles anhelos en una queja arrulladora.

Oyes? .....

Su tez cetrina y retostada tiene la triste analogía de la hoja seca llevada por el huracán en giro incierto. La desolación de su vestido andrajoso y sucio, refiere las penalidades sufridas en las polvorosas y largas carreteras, bajo un sol impecables; las tristes noches de llovizna pertinaz[2], de ábrego inclemente, pasada a la vera de un camino.

Oyes? .....

Y entre sus manos enjutas y febriles el organillo habla de tristezas ignoradas, de imposibles anhelos en un arrullo que entristece!

Floralba[3]
Ester Flórez Álvarez

Recuperado de Revista Trofeos, 1906, No. 3.

---

1. Algo seco o muy delgado.
2. Persistente.
3. Seudónimo usado por Ester Flórez Álvarez.

Silva, a Dios

Dedicada en prueba de cariño y afecto profundos
a mi señora P. de B.

Tú eres el Dios que en mis sueños
vi al alba de mi vida,
coronado de luz y de hermosura,
la cien vestida
con arreboles mágicos de tul.
Y yo soy la molécula del aire
con vida y pensamiento,
y en él sabré adorarte
como aman los gusanos, los rayos de la luz.
Sigue su rotación por los espacios
buscándote a través de esos palacios
que tienes sobre el sol.
Y en la regias cascadas de diamantes
que brillan en las gasas de la aurora
y que de tu alba luz deslumbradora
débiles destellos son.
Y en el sereno azul del horizonte
que decora las vastas lejanías
y viste de arreboles y paisajes
el sol al fenecer.
Y en los vagos bocetos del crepúsculo
y en las errantes nieblas,
y en los batientes céfiros
de las hondas tinieblas a través.
Y en los floridos céspedes
que esmaltan las riberas,

y en los aires que ondulan las palmeras,
y en las notas que lanza el huracán;
que en las encendidas alas
de mi libre pensamiento,
tu majestuosa grandeza
fulgura sus regias galas,
uniformes, sin cambiar.

Que tú brillas lo mismo en el rocío
que se ciñe la flor de la montaña;
que en la nieve gentil del Chimborazo[4]
y en los tules que viste el Tequendama.
Y mis ojos te admiran donde quiera,
en el valle, en el monte, en la pradera
y en la humeante diadema del volcán;
lo mismo en las suntuosas sinfonías
de truenos y borrascas,
desconocidas, hondas melodías
Del misterioso mar.
Lo mismo al rutilar[5] de tus fanales[6]
que en la silueta azul de la montaña,
que los vastos desiertos arenales,
dominios del Simoun.[7]
Yo te he visto en los rayos de la luna,
y en las negras tormentas de los mares,
y en las noches polares
disipando las sombras con tu luz.

---

4. Uno de los volcanes más altos de Ecuador.
5. Brillar.
6. Farol o foco, usualmente usado en la navegación marítima.
7. Se refiere a la palabra Simún: un viento abrasador que suele soplar en los desiertos de África y Arabia (Según la RAE). Puede que saliera de la palabra en inglés: “simoom”.

Tú que alientas la lava arrasadora
del volcán en las hórridas entrañas,
y en las temblantes cañas
vibras con insondables armonías,
desconocidas músicas del amor.
Tú, el Dios de mi pasado
y el Dios de mi presente
y el Dios de lo increado.
Tras del que en sueños y despierta voy;
tú que das equilibrio en el vacío
a los radiantes faros de la noche,
y a través de sus coros te paseas,
señor de las alturas y del orbe.

Débil ignoto, mísero invisible,
Ay! Yo soy el gusano de la tierra!
Si hay en mi ser un soplo de tu aliento
permite que descanse de mis penas.
Ay! Yo soy el cansado peregrino.
Sísifo sin descanso ni reposo.
Oh! Dios de mi destino
abajo está el abismo tenebroso,
no me dejes rodar!
Que yo quiero buscarte en las alturas,
en el rayo y la luz de tu mirada,
que estoy cansada
del barro terrenal.

Eco de un alma que sueña,
plegaria jamás oída,
Ay! En su propia pequeñez hundida,
sin destino ni fin!

¿Qué soy? Pobre de mí! Nota perdida
sobre el hondo infinito de un deseo,
debatida en la lucha como Anteo,[8]
Ay! Yo quiero morir!....
Oh no! Perdón Dios mío,
sé sordo a mis acentos,
que vencida en mis largos sufrimientos,
cobarde en mi dolor,
me he olvidado insensata de mis hijos,
mi único tesoro,
de mis hijos que adoro
con férvida pasión.
—Tú, el Dios de las estrellas,
del débil y del huérfano,
no abandones sus huellas.
Tuyo es su porvenir,
su sombra sea antorcha
que alumbre su camino
y olvídate si quieres del pobre peregrino
olvídate de mí!

Agripina Montes del Valle
Salamina, Caldas. 1844 -1912.

Recuperado de Revista La Golondrina, 1881, No. 2.

8. Gigante de la mitología griega, muere a manos de Heracles.

Oh luna!

Astro amigo, luna hermosa,
de bonanza mensajera,
tú de la terrestre esfera
el bendecido fanal;

de la nube que te esconde
rasga el velo vaporoso,
muestra el disco luminoso
de esa tu argentada faz.

Quiero contemplarte a solas,
bañarme en tu suave rayo,
y en delicioso desmayo
hora tras hora soñar.

Ven a iluminar mi frente
con tu celeste destello,
que así en la noche es tan bello
en el silencio y la paz

En esta mi quieta estancia,
maravillosa lumbrera,
serás dulce compañera
de mi triste soledad.

Las escondidas memorias
revive en mi pensamiento,
y aviva por un momento
con tu brillo sin igual.

Y con tu influjo magnético,
luna sugiere a mi mente
que es mentira mi presente,
que no es cierto lo real.

De mi pasada ventura
tú fuiste mudo testigo,
y tú velaste conmigo
noches de felicidad.

Hoy escombros sólo quedan
de aquel pasado perdido;
muerto el consorte querido[9],
Muerto el corazón está!

Luna, si alumbrar desdichas
tú pálida faz no esquiva,
dirígela compasiva
hacia mi tierra natal,

Al apartado recinto
donde reina la apatía,
a la bóveda sombría
que en estrecha cavidad

9. Agripina estuvo casada con Manuel Ancízar, escritor e intelectual de la época.

guarda los restos mortales,
en esa tierra querida
del que fue luz en mi vida
del que fue mi todo allá.

Oh luna! Fiel centinela,
guárdala en memoria mía
mientras llega ansiado día....
Qué! No llegará jamás?

Ausente estoy de mi patria,[10]
ni hogar, ni asiento hallo fijos;
mis hijos, mis caros hijos,
ausentes todos están.

Oh luna! Mi obscuro albergue
baña con tu luz amiga;
mi sueño, que Dios bendiga,
complaciente velarás.

Y después, cuando la muerte
mis labios haya sellado
ven a mi sepulcro olvidado
alguna vez a alumbrar.

Pía - Rigan[11]
Agripina Samper de Ancízar
Honda, Colombia. 1833 - 1892.

Recuperado de Revista Literaria, 1892, No. 33.

10. Tras enviudar, Agripina se muda con sus hijos a París. Allí, lejos de Colombia, escribió este poema. El cual fue encontrado entre sus papeles, sin intención alguna de ver la luz.
11. Seudónimo usado por Agripina Samper de Ancízar.

Resurrección

A Ezequiel Gómez

Bajo el frondoso palio
de la inviolada selva,
cuando a través del pálido ramaje
los dardos de oro de la luz se quiebran;
como visión divina
llega la musa y en mi oído cuenta
su excursión de horizontes
silenciosa y aérea,
como un suspiro que resbala mudo
en las tendidas hojas soñolientas.
Mi pensamiento indaga
y en honda confidencia
impregna mis sentidos con el soplo
del aromoso valle y la floresta;
y en las calladas notas
de las polvosas cuerdas
entona a media voz el himno sacro
que al sol saluda y a la madre tierra.
Vuelve entonces la savia
a mis exhaustas venas,
y de nuevo vivíficos ambientes
y luz y ríos en mi sangre alientan!
Cual de ocarina mágica
el son que al alma llega,

el arpa arrulla y a través del soto[12]
baña la luz mi cara macilenta!
Y repiensa el espíritu,
si es que vuelve a la tierra,
porque de un hondo valle tenebroso
guardar parece la abismal tristeza!
¡Oh musa idolatrada
Que en lo invisible sueñas
Y en mi laúd las notas
De la ilusión despiertas!
Vuestras furtivas alas
tended como una vela
que lleve a las regiones de lo ignoto,
de lo divino la visión eterna!
Y cuando ya tardía
la muda muerte venga,
tejed sobre mis pálidos despojos
un verde ramo de las patrias selvas!

Agripina Montes del Valle
Salamina, Caldas. 1844 -1912.

Recuperado de Revista La Gruta, 1903, No.21.

12. Sitio lleno de árboles.

El último Pijao[13]

Poema en cuatro cantos

Introducción

Envueltos en la bruma de los siglos
y en la cima del Ande recostados,
como helados vestiglos,[14]
alzan Ruiz y Tolima sus nevados.
Orla[15] y brune[16] de aérea argenteria,
su diamantina veste[17] la mañana,
y el sol, al trasponer el Occidente,
como un beso de amor deja en su frente,
cendal de luz desvanecido en grana.
Sobre el polvo de cien generaciones
irguen la nívea cresta
derramando incesantes aluviones,[18]
por la arrecida y peñascosa cuesta,
cortado en espantosa curvatura
bota el derrumbe heterogéneas heces,
sobre una hungosa[19] y gélida llanura,
demarcada en pérdidas lobregueces
y como río de fundida plata
el alud en desecha torrentera

---

13. Comunidad indigena que habitaba las zonas del Quindío, Tolima y Huila.
14. Monstruos horribles.
15. Orilla decorativa.
16. Algo oscuro o marrón.
17. Referente a vestir, en este caso, viste.
18. Corriente de agua con materiales como arena, roca, grava, etc.
19. Recomendamos leer esta palabra como “hongosa”, es decir, con muchos hongos. Se decidió no cambiar la palabra para respetar la voluntad del material original.

de la cima a la hondura se desata
y estremece el abismo y la nevera.
Y cual fulge en el mármol de una tumba
el escaso brillar de algún lucero,
como rayo de luz que se derrumba
por oscuro mortal desfiladero,
el reflejo del sol en la hondonada,
de la nieve apiñada,
le da tintes de fosa al cuadro entero.
En aquellas ignotas soledades,
No hay un hilo que lleve a las edades,
y el viajador en ellas,
caminando al acaso;
sigue el rumbo del sol o las estrellas,
si la ondulosa senda crujidora
no le interrumpe con la vida el paso.
¿Qué mano asoladora,
qué abismal tempestad, qué desconcierto
aniquiló la divina flora
la virgen hermosura
que hora el regazo denegrido y yerto
con sulfurosos hálitos colora
y se amortaja de siniestra albura?
Por el lomo de sílice bravío
destrozado el pulmón de la montaña,
el monstruo del volcán ebrio de saña,
desentrañando su abrasante río,
devoró la selvática frescura....
y huyó luego dejando en la campaña
la tristeza infinita del vacío!
Ígneo dragón, demonio de mil fauces,
dejó entallado en escondidos cauces

Su vómito de fuego en el granito;
y del antro[20] la horrenda tajadura,
retañe el detonado martilleo
de la encendida fragua del maldito.
Aún sordo ruge el escapado reo,
y en las noches furtivo desparrama
por cavernosa vértebra su llama
trémula... amortecida....
Que en las tinieblas cárdena retoca
la aspillerada roca
Y la uniforme y monacal silueta
del frailejón sufrido,
único habitador o anacoreta[21]
del hondo yermo de pavor y olvido.
Y esparciendo el peñón sobre la nieve
el moribundo albor del cataclismo,
destacado en fantástico relieve
se asemeja a un gigante del abismo,
a sus pies como una boa despereza
su lecho de betún, "El Lagunilla "
y en hebrosa y decrépita maleza
con mustia y lenta dejadez se anilla.
Sus márgenes reborda una azufrera
que de amarillo los contornos baña,
y enmascarada aparición extraña,
cuyo morrión esculpe la cimera,
en altas horas al viajero asombra
cabe la polvorienta sollatera .
Sueño.... verdad.... o sombra
se borra al alba con la niebla umbría.....

20. Cueva.
21. Alguien solitario y entregado a la contemplación.

De aquel inmenso y sepulcral desierto
donde parece que la vida ha muerto,
el último Pijao surgió un día!

Agripina Montes del Valle
Salamina, Caldas. 1844 -1912.

Recuperado de Revista Gris, 1894. Año. 9 No. II.

Bajo la bandera

Herminia Gómez Jaime de Abadía

Caía el sol en las ardientes regiones del Bajo Caquetá. En la orilla izquierda, sombreada por las frondosas copas de algunos árboles gigantescos, asomaba la techumbre grisácea de una especie de granja rústica, sobre cuya parte más elevada sobresalían dos palmeras como gallardetes que adornaban aquella arquitectura primitiva.

Medio recostado bajo el hojoso follage de un oscuro caucho, en cuyo tronco se apoyaba, había un hombre de unos cincuenta años, cuyo origen distinguido se adivinaba a pesar de su vestido burdo y de su piel curtida por el rigor del clima.

Examinaba con interés el confín del río cuya superficie argentada se extendía a su vista, bordándose a intervalos con arabescos de oro, cuando los sesgados rayos del sol atravesaban el ramaje.

A su lado, en cariñosa actitud, había dos niñas de doce y catorce años. Dorada por el sol su piel caucásica, conservaba la suave tersura de la niñez y la magnificencia de los ojos de aquellas criaturas, plenos de luz y de inocencia, les daba un encanto de originalidad maravillosa. La mayor, sobre todo, más pálida que lo ordinario en aquellos lugares, donde no viven las rosas, imponía

con el ligero ceño de sus delicadas cejas y la firmeza que revelaba el corte altivo de su boca desdeñosa.

El caballero, convertido en colono, era originario de la altiplanicie de Bogotá y hacía quince años que la lucha por la vida lo había hecho partir con sus dos hijos pequeños y su joven y abnegada esposa, hacia las riberas del Putumayo.

Allí permaneció tres años, y aún cuando prosperaron sus negocios, mortificado, y más que todo humillado por la proximidad de algunos invasores peruanos, resolvió abandonar aquel río y avanzar hasta donde no llegaran por ningún motivo ni por ningún pretexto los usurpadores. Plantó su tienda a las orillas del Caquetá. Después de haber cruzado muchas leguas, para formar el hogar de sus hijos en tierra netamente colombiana. Había conseguido, al cabo de muchos esfuerzos, una gran fortuna y se preparaba a realizarla para volver con su familia a Bogotá.

En el corazón de aquel valiente trabajador ardía el amor de la patria y cuando terminaba las labores del día su mayor placer consistía en hablar a sus hijos de las glorias de Colombia, inculcado en ellos, como base de todo bien, el amor a Dios y el de su país, por el cual, llegado el caso, debían sacrificarse.

—Tardan mucho mis hermanos —dijo la mayor de las niñas—. ¿Hasta dónde los enviaste, papá?

—Al puerto, allí deben recibir los bultos de Manaos.

—Nuestros vestidos y también las banderas, ¿no es cierto?

—Sí, las otras estaban inservibles y quiero tenerlas nuevas antes de nuestro viaje a Bogotá.

—Dínos, papá, ¿Bogotá es tan bonita como decía ese extrangero que era Lima?

—Son dos ciudades en condiciones diferentes; la nuestra está sobre los Andes a una distancia enorme del mar; todo lo que vale, que es mucho, se lo debe a su propio esfuerzo. Lima, muy próxima al Océano, se habría colmado, aun cuando fuera a su pesar, de los inmensos bienes de su generoso vecino.

Hubo algunos momentos de silencio.

—Papá —dijo de pronto la mayor de las niñas, con su tono reposado—, ya sé bien los nombres de nuestros principales héroes. ¿Sabes que me encanta Córdoba?

—No te falta razón, a él deben en gran parte su libertad nuestros vecinos los peruanos.

—¿Sí? No me lo imaginaba, ¡cómo querrán en el Perú a los colombianos!

El colono sonrió con tristeza y nada contestó.

—¿No dices, papá —insistió la niña con entusiasmo—, que Córdoba ayudó a liberarlos?

—No sólo Córdoba, sino nuestro ejército, nuestros soldados guiados por Bolívar y el Mariscal Sucre.

—¿Y los peruanos solos no habrían podido conseguir su libertad?

—No, hija, carecían de jefes, de recursos, de abnegación; además, terribles disensiones intestinas inutilizaban todo esfuerzo en favor de la patria.

—Enséñame los nombres de los héroes peruanos, agregó la niña con insinuante voz de ruego, fijando en su padre sus grandes ojos llenos de interés.

El interpelado no contestó y guardó silencio por algunos momentos; luego, se llevó la mano a la frente y dijo como si meditara:

—No sé qué decirte... O yo he olvidado cuanto sabía de historia... o no existen los héroes peruanos... Me parece, según mis recuerdos, que ni aun Bolívar, el semidiós de la libertad, logró que nacieran laureles que no fueran sembrados por colombianos en la tierra de los Incas.

—Entonces... ¿Allá no hay libertadores, allá no hubo Nariños, allá no nacieron Ricaurtes? —exclamó la niña cruzando las manos y coloreándose su frente de dolorosa sorpresa.

—Espera, espera... Voy a hacer esfuerzo de memoria, para acordarme en orden: empezaré por la fundación de Lima...

Calló el colono y, después de meditar, dijo con desaliento: es bien triste lo que viene a mi mente: apenas nacida la ciudad, veo un charco de sangre... Pizarro, el gran conquistador, el que acaba de fundar su capital, cae asesinado... ¡Debe haber todavía muchos descendientes de aquellos españoles que podríamos llamar parricidas!
—¿Quieres decir, papá, que debe haber allá muchos ingratos?

—Has acertado, pero espera, espera... Viene luego Atahualpa, que sostuvo con su hermano una lucha fratricida y que luego se hizo amigo de los españoles, olvidando su patria hasta haber aprendido a jugar diestramente el ajedrez con sus opresores, ¡que acabaron por darle garrote ignominioso![22]

—No, no pueden descender héroes de indios de esa clase, ni de españoles de proceder semejante —continuó el colono—. En nuestra patria, Hernán Pérez[23], el alma negra de la conquista no dejó sucesores, y el Zipa de Bogotá[24] guardó heróico silencio en medio de grandes sufrimientos, para no complacer sus enemigos, ¡y el Zaque de Tunja[25] se dejó morir de hambre y no vol-

22. Atahualpa fue el último emperador Inca, el cual fue capturado por el conquistador Francisco Pizarro y asesinado en 1533, con su muerte lograron derrotar a este imperio. La obra *Atahualpa: novela original* escrita por Felipe Pérez Manosalva y publicada en 1856 relata la vida de este sujeto.
23. Este conquistador zarpó a Nueva Granada en el 1535, acompañó a su hermano Gonzalo Jiménez de Quesada durante la conquista del Reino chibcha y en expediciones en busca de El Dorado.
24. El Zipa de Bogotá es un cargo político de la comunidad muisca, el más reconocido de estos puestos es el Zipa Nemequeme, muerto en 1514.
25. Zaque es un cargo político, igual al Zipa, de la comunidad muisca asentada en el altiplano cundiboyacense.

vió a pronunciar palabra desde que juzgó ultrajada su dignidad de soberano! Pero volvamos al Perú, deseo recordar... Después... Después... solo hallo los que con sus continuas disensiones, su traición, sus conspiraciones y su deslealtad, retardaron la hora de ser libres y trabaron en un principio la acción poderosa del Libertador. Luego... únicamente consigo recordar, a pesar de mis esfuerzos... Los nombres de los vencidos en el Portete de Tarqui, cuando el Perú pagó la libertad recibida de Colombia, ¡con la más negra de las ingratitudes! Más tarde, cuando España pretendió someter de nuevo a sus colonias, un héroe colombiano, Cornelio Borda, ofrendó generosamente su vida en favor del Perú, defendiendo la torre de la Merced, que le había sido encomendada, cuando era atacado El Callao por los españoles. Después... En la guerra con Chile, toda la fuerza del Perú estuvo en el Huáscar y sucumbió al perder a su valiente jefe, el Almirante Grau, ¡de origen colombiano! Decididamente, hijas mías, o mi memoria falla, o no existen héroes peruanos que fatiguen la historia.

El silencio siguió a estas palabras y todas parecieron meditar en lo que acababa de decirse.

—Papá —dijo al fin la menor de las niñas, que hasta entonces había dejado que hablara su hermana—, ¿cuál fue en nuestra patria el héroe que murió defendiendo la bandera?

—Girardot, que era aún muy joven y murió en la cumbre del Bárbula.

—Dinos, papá —continuó con interés la niña—, ¿la bandera tiene mucha importancia? ¿cuando los hombres mueren pueden conservarla las mujeres?

—La bandera, hijas mías, es una enseña sagrada, se debe conservar a todo trance. La bandera es el símbolo de protección, bajo ella nos salvamos. Emblema de la patria, el pabellón defiende cariñosamente a sus hijos. Yo la amo tanto que en la tumba de vuestra madre la hago ondear en los grandes días de Colombia, ¡porque creo que ella duerme bien bajo la cruz y la bandera!

Volvió a hacerse el silencio. Las niñas parecían hondamente preocupadas con lo que acababan de oír, y se hubiera creído que guardaban en su corazón las palabras de su padre, según la expresión misteriosa de sus ojos húmedos y profundos.

El ruido de remos acompasados que golpeaban las aguas, turbó la calma de aquella tibia tarde: eran los hijos del colono que llegaban...

Tres días después, el 20 de julio, flameaba orgullosamente la bandera colombiana en la parte más elevada de la granja, así como en la cúpula de un kiosco rústico, que a alguna distancia de la casa cubría la tumba de la inolvidable compañera del colono.

Fue un día de fiesta que terminó plácidamente, sin que nada turbara la soledad de la llanura ni se cambiaran los ruidos misteriosos de la selva ni el musitar quejumbroso del caudaloso río. Empezaba el amanecer cuando

un tumulto inusitado y un discordante vocerío turbó el apacible sueño de los habitantes de la granja.

El dueño se asomó con precaución a una de las ventanas: dos lanchas se habían detenido en la orilla y numerosos hombres se dirigían a la casa, a los gritos de "¡muera Colombia! ¡Viva el Perú!".

Comprendió que estaban perdidos y que les era imposible resistir; sus dos hijos y los pocos indios que los acompañaban eran insuficientes para aquel inesperado ataque.

—¡Quita la bandera y sálvala! —gritó á su hijo mayor—. Y vosotras, agregó dirigiéndose a las temblorosas niñas, salid por la puerta de atrás y ocultaos en la tumba de vuestra madre, allí nos reuniremos con vosotras si logramos salvarnos.

Se entabló luego una lucha desigual y terrible, que duró corto tiempo. Los vencedores peruanos empezaron el saqueo, y la fortuna, fruto de tantos años de sufrimiento y de trabajo, fue repartida sobre los tres cadáveres aún calientes de sus poseedores legítimos.

Entre tanto, las niñas se habían colocado en la parte alta del kiosco, en que flotaba la bandera, para observar mejor lo que pudiera acontecer a los suyos.

Morían de angustia e incertidumbre, cuando vieron que una cortina de llamas cubría el lugar de la granja.

—¡Papá ha muerto! —gritó la mayor en desgarrador sollozo.

—¡Vienen hacia aquí! —exclamó la menor con desesperación delirante—. ¡Han descubierto la bandera, olvidamos quitarla!

—¡Bajala, por Dios! No olvides que papá dice que no se puede abandonar, que hay que salvarla a todo trance!

Ágiles y prontas, como dignas hijas de la selva, se apoderaron del pabellón y huyeron con velocidad hacia el río. Cruzaron un descubierto, en donde fueron vistas y algunas balas zumbaron en sus oídos.

—¡Cubrámonos con la bandera! —gritó la más pequeña—. Papá dice que el pabellón defiende, que la bandera colombiana nos protege.

Al decir esto, la desplegó confiada, cubriéndose las dos con la gloriosa enseña.

Se Oyó una descarga y una bala peruana cruzó aquella bandera que triunfó en Ayacucho, para romper el corazón de una niña que buscó protección en sus pliegues sagrados.

Cayó al suelo extendiendo los brazos y sin decir un ¡ay! Era la más pequeña. Su hermana se puso de rodillas a su lado y al oír sus gritos, parecía que en el bosque vecino le desgarraran las entrañas a una ave salvaje.

De repente, el ruido que hacían los enemigos al aproximarse, le recordó la realidad.

—¡La bandera, la bandera! —gritó levantándose con febril energía—, ¡es preciso salvarla!

Besó con anhelo el cadáver de su hermana, y delirante de dolor y patriotismo, siguió corriendo hacia el río.
Al llegar a la orilla, ató la bandera a su cintura. Desgreñada y pálida, echó una última mirada a la niña cobardemente muerta, y haciendo un signo sagrado sobre su frente y lanzando con timbre poderoso un "¡Viva Colombia!" que vibró en la selva, se arrojó sin vacilar en la corriente.

Nadaba con gentileza porque se hallaba en su elemento predilecto. Los extremos de la bandera flotaban sobre ella y la asemejaban a un ave extraña de irrisado plumaje que surcara la corriente.

De pronto, un héroe peruano tendió un arma de los últimos modelos, y con puntería hecha con reglas de verdadero progreso, tomó como blanco la cabecita grácil, de infantil belleza, que de cuando en cuando se levantaba sobre la superficie del río. Sonó un disparo, y herida de muerte la valerosa niña, se hundió en las aguas del majestuoso Caquetá, bajo la querida bandera de su patria.

Herminia Gómez Jaime de Abadía

Recuperado de La Buena Lectura No. 24, 1911.

La mujer española en Santafé de Bogotá

Soledad Acosta de Samper

Dedicado al señor Doctor Salvador Camacho Roldán

El siguiente estudio es un capítulo de una obra que tenemos escrita, titulada La Mujer Española en América, y que se compone de una serie de narraciones (la mayor parte histórico—novelescas), que ilustran los diferentes tipos de mujeres españolas que vinieron a América en los primeros siglos después de la conquista.

I

Conocidos son los nombres de las primeras mujeres que subieron al Nuevo Reino de Granada, pero no todos saben quiénes eran ellas ni qué suerte corrieron una vez que se radicaron en esta capital, que entonces era más atrasada que cualquier pueblo, aun el más infeliz de la República actual.

Los primeros expedicionarios que llegaron a la sabana de Bogotá no llevaban consigo ninguna mujer española; fueron en realidad simples descubridores, y aunque Quesada trajo los caballos, Federmán trajo las gallinas y Belalcázar

los cerdos, ellos no habían intentado formar colonias en ninguna parte, solo ansiaban explorar y allanar tierras, recoger todo el oro que pudieran y buscar aventuras arriesgadas.

Empero, una vez que ya se tuvo conocimiento sobre la riqueza mineral y agrícola del país; cuando se persuadieron de la sumisión y la mansedumbre de los indígenas de estas partes y la facilidad que había para formar colonias productivas, en climas frescos y sanos, muchos de los españoles que vivían en las costas resolvieron venir al interior, traer cuanto fuese preciso para formar en las cumbres de los Andes establecimientos y poblaciones al uso europeo. Tocó llevar a cabo la primera misión realmente colonizadora al Gobernador de Santa Marta, D. Jerónimo Lebrón. Este salió de Santa Marta en los últimos meses de 1540 y llegó a Santafé en enero del año siguiente. Traía no solamente semillas de cereales, vino, ropas, yeguas y otros animales domésticos, sino que también hacían parte de la expedición algunos artesanos y seis mujeres españolas. De estas no alcanzó a llegar una de ellas, porque en el Magdalena fue robada por los indios de los alrededores de Tamalameque[26], pero esta desgraciada fue reemplazada por una niña que nació durante el tránsito, con lo cual siempre llegaron seis españolas o de raza[27] española a Santafé, y no cinco, como se dice generalmente. La madre de la recién nacida, Isabel Romero, era mujer de un llamado Juan Lorenzo (que había muerto ahogado en el paso del río Opón). Bautizaron a la niña con el nombre de María. Isabel se casó en segundas nupcias, a poco de haber llegado

26. Municipio del Cesar, Colombia. Se ubica a orillas del río Magdalena.
27. El concepto raza no encuentra sustento científico, acá debe entenderse como "linaje".

a esta ciudad con el capitán Juan de Céspedes, y aquel fue el primer matrimonio celebrado en Santafé; la hija se casó, apenas fue mujer[28], con un Juan o Lope de Rioja, que de ambas maneras lo llaman los cronistas.

El Conquistador Juan Montalvo, que ya conocía el país, por haber sido soldado de Quesada, y poseía en el Nuevo Reino solar y repartimiento, traía en su compañía a su mujer Elvira Gutiérrez, la cual se distinguió por ser la primera que hizo pan de trigo en Santafé de Bogotá, y su marido como el último que murió de todos los conquistadores. Los dos esposos están sepultados en la iglesia de la Concepción, altar de Santa Ana.

La cuarta mujer española se llamaba Catalina de Quintanilla, mujer de Francisco Gómez de Feria, conquistador de los venidos con Quesada. Tanto esta como su marido no dieron qué decir, ni en bien ni en mal, puesto que los cronistas no los vuelven a mencionar, solo se sabe que se radicaron en Santafé.

La quinta mujer fue la de Alonso Díaz: llamábase Leonor Gómez. Aquel matrimonio fue dueño de Tibaytatá, que llamaron Serrezuela (hoy Madrid[29]), pero, sin duda, no tuvieron familia porque aquella encomienda pasó a poco tiempo a manos de un español llamado Juan de Melo. Leonor Gómez trajo en su compañía a una sobrina de su marido llamada María Díaz, la cual llegó hasta la avanza-

28. Esto puede referir a la primera menstruación, que ocurre alrededor de los 12 años.
29. El nombre de Madrid se mantiene hasta hoy. Es un municipio de Cundinamarca, Colombia, cercano a Bogotá.

disima edad de ciento diez años, único dato seguro que tenemos de ella.

II

Después de aquella época todos los conquistadores que se quedaron a vivir en el Nuevo Reino mandaron unos a España y otros a las Antillas por sus mujeres y familias, no había semana en que no llegasen algunas mujeres españolas, las cuales eran entonces tan valientes y briosas como sus maridos. Una de las primeras damas de campanillas fue la esposa del valiente Capitán Antonio Soriano de Olaya, uno de los más ricos conquistadores, dueño de la Encomienda de Bogotá (hoy Funza): llamábase Dr.ª María Orrego, y era de familia noble de Portugal. No tuvieron sino una hija, Dr.ª Jerónima, heredera de todos los caudales de su padre. Con el objeto de agradar a esta doncella, el Oidor Anuncibay mandó construir el camellón llamado de las alcantarillas: trecho que en esos tiempos era preciso que Dr.ª Jerónima pasara en balsa para ir a su hacienda en Funza.

En 1553 vino a la capital del Nuevo Reino de Granada, en calidad de Visitador, D. Juan de Montaño, y trajo consigo a su esposa, Dr.ª Catalina de Somente. Esta señora según dicen los cronistas, fue tan prudente, misericordiosa y deseosa de hacer el bien que cuando su marido se manifestó arrebatado, cruel y vengativo con los míseros indígenas y tiranizados colonos, la Dr.ª Catalina se construyó en defensora de los desgraciados perseguidos y continuamente predicaba al déspota Visitador que procurase cambiar de conducta, si ya no por lástima a los vencidos, al menos por

temor de que el Gobierno español tuviese al fin conocimiento de sus hechos arbitrarios, y le castigase severamente. Montaño desdeñaba sus consejos y súplicas, y sucedió lo que ella temía, puesto que el Visitador acabó su vida en un cadalso en la plaza de Valladolid en España.

La esposa del Presidente Doctor Andrés Díaz Venero de Leiva, Dr.ª María Dondegardo, fue también dechado de mujeres virtuosas, "mujer valerosa", dice Juan Rodríguez Fresle, "que ayudaba mucho a las obras de caridad, porque nadie salió de sus presencia desconsolado".

El Presidente Sancho Girón, Marqués de Sofraga, trajo consigo a la marquesa su esposa, la Dr.ª Inés de Salamanca; y en compañía de su sucesor, D. Martín de Saavedrea, Barón del Prado, vino su mujer, Dr.ª María Luisa de Guevara. Ambas eran damas de alta alcurnia que sirvieron mucho en la Colonia para dar tono al Gobierno y dulcificar los modales soldadescos de los conquistadores.

Es cierto que si en Santafé había en aquellos primeros tiempos muchas damas nobles y virtuosas, también las hubo perversas y de malos instintos, apasionadas y crueles, las cuales causaron grandes desconciertos en la naciente sociedad y dieron motivo para que se cometiesen crímenes escandalosos. Pero la humanidad es igual en todos tiempos y lugares, si entonces se cometían faltas y aun crímenes, estos se hacían generalmente a las claras y sin ambages, y como nuestros antiguos cronistas se complacen en narrar los escándalos de su tiempo, más bien que las buenas obras que se hacían, de lo malo nos acordamos y lo bueno generalmente lo ignoramos.

III

A pesar de las historias bastante inmorales que refiere en su Carnero el D. Juan Rodríguez de Fresle[30], se tenía en tanto el buen nombre de las mujeres de Santafé, que cualquiera hablilla ociosa y ligera castigaban sus maridos y sus hermanos sangrientamente y sin vacilar. Esto sucedió a la Dr.ª Jerónima de Olmos, viuda del D. Diego de Holguín, hijo del conquistador Miguel Holguín de Figueroa. Vivía esta dama en Santafé, viuda y naturalmente dueña de sí misma, pero como corriesen acerca de ella ciertos rumores que menguaban su buena reputación, su hermano, D. Juan de Mayorga y Olmos, educado en España, Capitán de Infantería en los ejércitos reales y hombre de posición y amante de la honra de la familia, la buscó en su propia casa y la dio muerte alevosa sin darla tiempo a prepararse, ni escuchar sus disculpas. En seguida, sin que la justicia le pudiese atajar, huyó del país y fue a morir a Charcas. Otro tanto sucedió a la Dr.ª María de Vargas, viuda del D. Antonio Macipe, y casada segunda vez con D. Juan de Leiva, el cual, inspirado por fierísimos celos, la mató a puñaladas. Decíase que su sombra airada vagaba a deshoras de la noche en la casa en que vivió, que es la de la esquina de la calle de la Carrera, que perteneció a los hijos de D. Lino de Pombo y hoy pertenece a la señora Dr.ª Beturia Suárez. Más tarde el Contador D. Juan de Urbina mató a su mujer en un acceso de hipocondría, sin que aquella bendita señora le hubiese dado jamás motivo para semejante crueldad.

---

30. El *Carnero* es una recopilación de crónicas que eran leídas por un "cronista mayor", el cual decidía si el texto debía ser censurado o no. Este texto fue escrito entre 1636 y 1638, finalmente fue editado y publicado en 1859.

Ante semejantes actos de violencia no es raro que muchas mujeres solteras y algunas viudas prefiriesen vivir tranquilas a la sombra de los claustros y no se habían pasado muchos años después de la conquista, cuando ya existían varios conventos de monjas en Santafé de Bogotá[31]. El primero que se fundó fue el de La Concepción, costeado por Lope de Ortiz. Se puso la primera piedra de ese edificio el 29 de septiembre de 1593. Las fundadoras fueron Catalina de Céspedes (nieta de Isabel Romero), Ursula Villagólllez e Isabel Campuzano Villagómez. Catalina de Céspedes, dicen los cronistas de la época, murió en olor de santidad, y fue largos años priora de aquel convento. Ocáriz añade que desde que murió la Madre Catalina "está introducido", dice textualmente, "que cuando ha de morir alguna monja se oyen golpes en el coro bajo, que era en donde las enterraban, y para los descendientes del fundador suenan los golpes en la bóveda de su entierro, que está en la Capilla Mayor".

El Monasterio del Carmen debe su fundación a la Dr.ª Elvida de Padilla, dos veces viuda, la cual dedicó para el caso sus propias habitaciones y profesó con dos hijas y dos sobrinas suyas.

La viuda de Lope de Céspedes (hijo del Capitán Céspedes y de Isabel Romero), la Dr.ª Antonia de Chaves, se unió a su hermano el D. Clemente de Chaves, Alférez de la Ciudad de Santafé, para fundar el convento de Santa Inés. Con aquel piadoso objeto regaló cuatro casas de su habita-

31. Precisamente, las mujeres que poseían una buena posición económica, podían ingresar a los conventos como una manera de poder dedicar su vida al estudio y, a su vez, como una manera de escapar de los matrimonios arreglados.

ción que tenía en Santafé, cuarenta estancias en la Sabana y seis en tierra caliente, con trapiches y esclavos, y a más, mil patacones[32] anuales sobre sus demás encomiendas, todo lo cual valía, según dicen, sesenta mil pesos entonces: hoy sería un millón por lo menos. En aquel monasterio se sustentaban cincuenta profesas, con diez becas sin dote, y era reglamento del convento que se excluían las mulatas o pertenecientes a toda mala raza y las de nacimiento ilegítimo.

IV

Como no queremos alargar demasiado este estudio, entre las muchas mujeres notables como virtuosas que mencionan Zamora y Ocáriz en la sociedad santafereña del siglo XVII, sólo mencionaremos a tres.

Llamábase la primera Dr.ª Juana Ochoa de Solariega Ocáriz, y era vástago de una distinguida familia de su patria. Nació en España, en Sanlúcar de Barrameda, en 1597. La Casaron a los doce años de edad con D. Juan de Sologuren de Ocáriz, su pariente, hombre de campanillas, con quien se trasladó al Nuevo Reino de Granada en 1617, trayendo su familia, que era ya larga, y gran séquito de criados y acopio de equipaje.

Dr.ª Juana era mujer de talento claro y distinguido, de modales muy nobles, llena de dignidad, que imponía por su porte culto y severo a cuantos se le acercaban; poseía una elocuencia natural que persuadía a la par que infundía respeto por su gran virtud. Se la veía frecuentemente en las

32. Antigua moneda de plata utilizada en las colonias españolas.

iglesias, de las cuales eran la nata protectora, y más todavía en todas partes en donde hubiese desgraciados y menesterosos. Su caridad era proverbial, y no había pobre en toda la ciudad que no la amase y al mismo tiempo tuviese miedo a sus reconvenciones cuando obraba mal. A pesar de que hacía pomposísimas fiestas religiosas, que fue la fundadora de las Hermanas del Rosario y que sus limosnas eran muy abundantes, no por eso descuidaba el boato y riqueza con que vivía su familia, su casa era el modelo de todas las demás, tanto en el ornato como en el orden y la sabia economía que reinaba allí.

Cuando murió la Dr.ª Juana, a la madura edad de setenta y cinco años, el 11 de marzo de 1670, el dolor fue general y su pérdida considerada como una calamidad pública. Su agonía fue tranquila y serena como había sido en vida y hasta el último momento se manifestó llena de fe en Dios, de mansedumbre y bondad para los que la rodeaban. Dice Ocáriz:

> "Al día siguiente de su muerte fue sepultada en la Capilla de Nuestra Señora del Rosario. Concurrió la audiencia al entierro, así como los demás tribunales, cabildos, religiones y los más notables ciudadanos. No hubo sermón porque la voz y loa general predicaba sus virtudes y ejemplar vida de la gran matrona, y se advirtieron, entre otras singularidades, que la gente se enlutó por más de lo ordinario, y que habiendo sido muy hermosa en su juventud, lo fue otra vez en el féretro o ataúd".

Sin duda esta dama era parienta del historiador y genealogista Juan Flórez de Ocáriz, pues él también había nacido en Sanlúcar de Barrameda, en España.

V

Otra mujer muy popular en Santafé, en los principios del siglo XVII, fue una nieta de Juan de Penagos, caballero hijodalgo[33], aseguran los cronistas, oriundo de la villa de Santander en España: Margarita de Santodomingo, llamada familiarmente la Penagos, dice Zamora, se dedicó desde su juventud al servicio de los enfermos de todas las clases de la sociedad, gratuítamente, se entiende, así como a asistir y consolar a los ajusticiados. Era tan popular en todos los hogares santafereños, que ricos y pobres, felices o desgraciados, la recibían con alborozo. Ella daba consejos a las madres de familia, enseñaba a los niños, leía libros piadosos a los ignorantes, labraban ornamentos para las iglesias pobres y era adorada por toda la población, que la lloró amargamente el día de su muerte, acaecida el 27 de enero de 1661.

La tercera mujer que mencionaremos por hoy, también se llamaba Margarita: era hija de la ciudad de Tunja; sus padres, de familia distinguida, pero pobres, se llamaban Francisco Verdugo Briceño y María de Lara y Matamoros. Margarita se crio en el convento de Santa Clara, en Tunja; cuando salió de él se entretenía en casa de sus padres en leer cuantos libros le caían á las manos, los cuales devoraba ocultamente, pues en aquel tiempo era mal visto que una mujer leyese otra cosa que no fuesen oraciones y vidas de

33. También hidalgo, "hijo de algo", se refiere a hijos de la baja nobleza.

santos. “Se enmendó” después, dicen los cándidos cronistas, y abandonó esos profanos ejercicios por los de la virtud. La casaron sus padres sin su gusto con un Pedro de Tobar, que la trajo a vivir a Santafé. Aquí tuvo ocho hijos y quedó viuda y pobre, pero entonces se dedicó al trabajo hasta dar lúcida educación á sus hijos varones: dos fueron clérigos; uno de ellos llegó a canónigo; dos se hicieron frailes en Santo Domingo; uno fue Jesuíta distinguido, y el mayor se casó, así como sus dos hijas.

Dicen que jamás se vio a la Dr.ª Margarita ociosa. Sus hijos la respetaban y obedecían, aun después de tener alta posición en la sociedad y la mantenían con amplitud en los últimos años de su vida. Como deseaban tenerla vestida con lo mejor que encontraban, ella, para darles gusto, se vestía con lujo exteriormente, pero muy pobremente en lo que ellos no veían, compartiendo sus sobrantes con los necesitados. De los exquisitos manjares que sus hijos la obligaban a tener en su mesa, enviaba siempre lo que más le gustaba a los enfermos pobres.

Vivía cerca de la Candelaria. Se levantaba muy temprano y después de arreglada su casa, iba a la iglesia, en donde asistía a todas las misas que allí se decían. Comía a las doce y pasaba la tarde leyendo; se retiraba a su oratorio a la oración, en donde pasaba largas horas rezando. Varios días de la semana los pasaba en el hospital de San Juan de Dios y visitaba a los enfermos pobres: obras de caridad que cumplió hasta una edad muy avanzada. Murió el 30 abril de 1692.

Concluiremos esta breve, narración dedicada a las antiguas mujeres notables de Bogotá, con las siguientes palabras del genealogista y cronista Juan Flórez de Ocáriz:

> "Hay en Santafé muchas muy damas muy selectas, políticas, bien compuestas y parecidas, de aseado lenguaje y discreción, y todo tál, que por mucho que se dijese sería menos de lo que pueda decir".

De este corto estudio se deduce, según pensamos, que las primeras mujeres que colonizaron a Bogotá no eran despreciables, sino dignas de nuestro respeto y si vinieron algunas malas y aventureras, la mayor parte de ellas se comportaban como matronas honradas y dignas de todo elogio: eran buenas madres de familia y abnegadísimas esposas, puesto que acompañaban a los colonos en sus trabajos y penalidades, a quienes debemos estar muy agradecidos por la saludable y cristiana influencia que tuvieron en la marcha de la civilización en nuestra patria.

Soledad Acosta de Samper

Recuperado de Revista Literaria 1, 1890.

Epílogo:
Mediar entre dos tiempos

La labor de editar un texto debería contar con un acompañamiento mutuo entre el editor y el autor, intentando buscar la manera en que se pueda potenciar el texto que se tiene entre manos. Esto cambia cuando se edita a alguien que ya no puede defender sus textos. En estos casos, cuestión que nos reúne en esta antología, se debe asumir una posición de absoluto respeto para con su obra: surge, entonces, la necesidad de conversar con las autoras, saber si los cambios propuestos serían algo que aceptasen y que, sobre todo, fuese cuidadoso con su obra y el mensaje que deseaban transmitir. A su vez, la intención de esta antología es disponer estos textos en nuestros días y que puedan ser circulados, leídos y discutidos por lxs lectorxs que hoy viven, lo cual, para nuestra labor, implicó una modernización gramatical, la cual buscó que la lectura fuese mucho más amable y, sobre todo, respetando el sentido estético de los escritos.

De esta manera, hemos decidido normalizar los diálogos en los textos narrativos, no tildar los monosílabos que no fuesen diacríticos, una tendencia bastante extendida en los textos del siglo XIX y corregir tildes que hoy no se recomiendan. En cuanto a los poemas, gracias a que es un género que nace de la experimentación íntima, es normal encontrar usos gramaticales muy específicos de esta expresión literaria, tal es el caso de no abrir los signos de

interrogación y exclamación, esto no lo consideramos como una falla, sino como una elección deliberada de las autoras, las cuales se inspiran en una tradición literaria, por tanto, se dejaron tal y como los encontramos en el texto original.

En cada texto lxs lectorxs podrán encontrar la referencia exacta de dónde se extrajo cada texto, en caso de que desee consultar el original. Muchas de estas obras se encuentran en las colecciones digitalizadas de la Biblioteca Luis Ángel Arango y la Universidad de Antioquia, y puestas a disposición del público de manera virtual.

Saile Andrea Conde Fajardo
David Cardona Sánchez

Esta antología se publica en el 2025, cinco años después del inicio de La Biblioteca de Escritoras Colombianas, proyecto del Ministerio de Cultura dirigido por Pilar Quintana, Natalia Mejía E., Camila Charry Noriega y Ana Lucía Barros, diez prologuistas y más de 37 asesoras editoriales. Nos sumamos al esfuerzo de volver a poner en la conversación a autoras tan necesarias para nuestro panorama de las letras.

La ilustración es trabajo de Laura Henao (Nube).

Se utilizó la familia tipográfica Libre Baskerville y se maquetó en Scribus 1.6.3.